

Pero la labor de los traductores no es patrimonio exclusivo de un pueblo. Su modo de hacer está abierto a todos. El ejemplo se extiende. Pero a Toledo van llegando en busca del saber desconocido los estudiosos que proceden de cualquier parte del Occidente cristiano y, a los nombres de Ibn Daoud y Domingo Gundisalvo, debemos añadir los de Gerardo de Cremona, Miguel Escoto, Hermam el Alemán, Alfredo de Sareshel, Daniel de Morlay, Alejandro Neckam...

2.2. *Los traductores*

El método de traducción instaurado por Ibn Daoud-Gundisalvo persiste todavía en el siglo XIII. En 1217 y en Toledo tenemos a Miguel Escoto dedicado a la traducción de obras árabes. Desconocedor de la lengua y de las ciencias de las que habla, según el testimonio de Roger Bacon, se hace ayudar en sus traducciones de judíos conocedores del árabe y de la lengua del lugar en que viven y así encontramos en la vida y obra de Miguel Escoto el nombre de dos judíos, Abuteus, que le ayudará en la traducción del *De sphaera* o *De verificatione motum coelestium* de Alpetragius, y Andrés, otro judío que le ayudó en muchas de sus versiones. Es curioso el hecho que los intermediarios fueran con frecuencia judíos. En Barcelona encontramos al judío Abraham ber Hiyya ayudando al italiano Platón de Tívoli en sus traducciones y en Burgos a Salomón, otro judío que ayuda en sus traducciones a Juan Gonsalvi y, en colaboración, traducen al latín la segunda parte de la *As-Sifa*, de Avicena.

Miguel Escoto es, esencialmente, toledano bien traduciendo en Toledo o después en la corte de Federico II y es toledano tanto por su actividad, como por sus preocupaciones; por su método también, es el seguido por Ibn Daoud-Gundisalvo. En 1230 y con Miguel Escoto, hace su aparición en Occidente la obra científica de Aristóteles acompañada de comentarios valiosos¹⁴. La obra de Aristóteles es magnífica, dice Roger Bacon, pero desgraciadamente las traducciones la deforman y, añade el filósofo inglés, «si tuviera poder las haría quemar». Alberto Magno también ha sido severo con Miguel Escoto y le reprocha el no conocer las ciencias de las que habla y no comprender los libros de Aristóteles.

El método de Ibn Daoud-Gundisalvo persiste todavía en Hermam el Alemán, que en 1240 firma la primera versión latina del *Comentario Medio* de Averroes sobre la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles. Sus traducciones van sucediéndose con intervalos más o menos largos. No es una arabista, como tampoco lo fueron Gundisalvo, aunque al final de su vida llegó a conocer el árabe, ni Miguel Escoto y, lo mismo que Escoto, también Hermam se hace ayudar de expertos en la lengua árabe y romance que, en este caso, no serían judíos, sino musulmanes. Amparándose en la confesión que hace

¹⁴ Ernest Renan califica de gran acontecimiento para la suerte de Aristóteles la obra de Miguel Escoto cuando dice: «Ce fut un événement dans la fortune d'Aristote, au dire de Roger Bacon, que le moment où Michel Scot apparut en 1230, avec de nouveaux ouvrages d'Aristote et savants commentaires». Aquí mismo inserta el sabio francés unas palabras del filósofo medieval: «Tempore Michelis Scoti, qui annis 1230 transactis apparuit differens librorum Aristotelis partes aliquas de naturalibus et mathematicis, cum spositoribus sapientibus, magnificata est Aristotelis apud latinis», *Opus Maius*, ed. S. Jebb, Londres, 1733, págs. 36-37. E. RENAN, *Averroès et l'averroïsme*. París, 7^e, ed. 1922, pág. 205.

el traductor de su propia debilidad, Roger Bacon señala que Hermam reconocía que su función consistió más en ayudar a los traductores que en traducir. Se rodeó en España de «sarracenos» que fueron los verdaderos artífices de las traducciones: «Sarracenos tenuit secum in Hispania, nos dice Roger Bacon, qui fuerunt in suis translationibus principales».

Gerardo de Cremona, poco posterior a Gundisalvo y que coincide quizá algunos años en Toledo con él, inaugura —Dios sabe con cuánto esfuerzo— un nuevo procedimiento de traducción similar al de nuestros días. No podemos encuadrar a Gerardo en ninguno de los equipos anteriores. Traduce solo, con lo que se suprime uno de los personajes que intervenían en el procedimiento de traducción inaugurado por el equipo Ibn Daoud-Gundisalvo y se suprime también la lengua intermediaria. Traduce directamente del árabe, incluso obras traducidas ya por Ibn Daoud-Gundisalvo. Gerardo es un arabista y busca el método directo en sus traducciones del árabe.

Pero Gerardo de Cremona es también helenista. Esto le lleva a centrar sus preferencias de traductor no en obras de autores árabes, como habían hecho los equipos anteriores, sino en obras de autores griegos que habían sido traducidos al árabe siglos atrás a través del siríaco. Tenemos el caso concreto del *Almagesto*, que en el siglo IX había sido traducido del griego al árabe, ya que había conservado el nombre griego *Meyozn*, «la mayor», vertido al árabe con el nombre de *Al-Magisti* y que Gerardo conservó en su latín este nombre, *Almagesti* y, posteriormente conocido en Occidente con el nombre de *Almagestum* de Tolomeo, cuya versión latina se debe a Gerardo de Cremona.

Hoy, a la luz de los manuscritos que conocemos y haciendo un análisis literario de sus obras, podemos llegar a una conclusión cierta: si el vocabulario de Gundisalvo proviene del romance y el romance deja su impronta en las traducciones, el vocabulario de Gerardo de Cremona proviene del árabe y del griego y será precisamente esta lengua la que deja su impronta en las traducciones de Gerardo. En el caso de las traducciones de Ibn Daoud-Gundisalvo, el romance era necesario para establecer el texto, en el de Gerardo de Cremona será el griego el que establecerá la palabra justa, la versión latina perfecta. Así bien, podemos calificar a Gerardo de Cremona como el «iniciador de las traducciones críticas»¹⁵.

Pero, ¿de qué manera influyó el griego en las traducciones efectuadas por Gerardo desde el árabe? ¿Confrontando el texto árabe con el texto original griego? Si Gerardo poseía el texto griego, le sobraba el recurso al árabe¹⁶.

El influjo del griego que aparece en las traducciones hechas por Gerardo de Cremona de obras griegas vertidas al árabe, tenemos que explicarlo recurriendo a un esfuerzo del traductor en virtud del cual y gracias a su conocimiento del griego, el

¹⁵ Cfr. G. THERY, *op. cit.*, págs. 47-62.

¹⁶ Este es el caso, según G. Thery, de la traducción del *De intellectu*, de Alejandro de Afrodisia. Gerardo tiene ante sus ojos la traducción árabe hecha por Isaac ben Honein y el texto griego de Alejandro. Gerardo se sirve del texto griego para corregir o comprender el texto árabe de Isaac ben Honein. Esto le sirve a G. Thery para afirmar que en Toledo no sólo había obras escritas en árabe, sino también en griego. Cfr. G. THERY, *op. cit.*, págs. 49-50.

árabe se le volvió transparente y, transparentándolo, lograba, como por intuición lingüística, una aproximación con el texto original.

Poniendo en esquema esta situación y el proceso seguido por Gerardo de Cremona, como ya lo hicimos con los tipos de traducción y equipos anteriores, resultaría algo muy parecido a esto:

Lengua árabe	Lengua griega	Lengua latina
Obra traducida	Lector de	Escritor en
al árabe (1)	árabe (2)	latín (3)
	Personaje cristiano	Obra en latín

(Lector mental del árabe, reconstructor mental del texto griego, traductor mental del texto árabe con influjo griego, transcriptor al latín de lo traducido).

(1) Posible error de lectura, (2) influjo del griego en la traducción de lo leído en árabe, (3) posible error de escritura.

El juego de personajes y de lenguas que habíamos iniciado con los monjes de la Abadía de Saint Denis en su traducción latina del *Corpus Dionisyacum* y que nos dio como resultado el de tres hombres usando dos lenguas, griego-latín y que seguimos luego con Ibn Daoud-Gundisalvo, con el resultado de dos hombres utilizando tres lenguas, árabe-romance-latín, ahora, con Gerardo de Cremona, volvemos a tener un nuevo resultado, un solo hombre que se sirve de tres lenguas, árabe, comprobado con el texto original griego, para establecer un texto latino.

Este método «crítico» utilizado por Gerardo de Cremona en sus traducciones, será continuado por Alfredo de Saresel, Daniel de Morlay y Alejandro Neckam, tres ingleses que llegan hasta Toledo atraídos por sus reservas culturales y científicas.

3. Los traductores alfonsíes

La segunda época de los traductores españoles ha de vincularse, necesariamente, a la figura del rey Alfonso X el Sabio, a su extensa e importantísima labor cultural. Con el Rey Sabio la labor de los traductores crece y se extiende por las ciudades ganadas a los musulmanes, en donde existen ricos manantiales de hombres y códices que son necesarios para colaborar, traducir y dar a conocer. Alfonso X el Sabio sabe dirigir y estimular. Se rodea, en su selección, de hombres competentes y reúne en una misma empresa a judíos, moros, conversos y cristianos. No hay discriminación de raza o religión. El trabajo es el mismo, el fin también. Se traduce todo. Todo interesa. Pero si el equipo de Ibn Daoud-Gundisalvo traducía, sobre todo, obras filosóficas de los autores árabes y las vertían al latín sirviéndose del romance, Alfonso X y su equipo traduce, sobre todo, obras científicas y literarias y también religiosas, como el Coram, que, por otra parte, ya había puesto en latín Pedro el Venerable para que los monjes pudieran conocer las doctrinas de Mahoma. En España no había sido necesario, los clérigos sabían el árabe. Sin embargo, Alfonso X el Sabio no desdeña la filosofía y las versiones al castellano naciente de los traductores alfonsíes se extienden a tratados de Matemáticas, Física, Medicina, Astronomía, Filosofía...